

de su obra: «Libro verista que no requiere la brutalidad de los sangrientos combates para exponer sencillamente sin rebuscamientos convencionales, la honda tragedia nacional.

Tragedia de políticos inquietos desencauzados, náufragos en la jararquiá, por la indiscutible falta de preparación en que nos debatimos.»

De trazos vigorosos, esta novela de Mancisidor nos señala la perspectiva sufriente de la desgracia mexicana. Y nos la muestra con verdadero talento de escritor que ha vivido su novela.

Mientras innovadores de todos los países anuncian la deshumanización del arte como meta bien próxima, estos libros en que la humanidad se mueve y lucha apasionadamente siguen interesándonos, y quedan sólo como intentonas sin éxito las obras que se acometen, olvidando los afares cotidianos del hombre.

A despecho de cuantos gritan el anquilosamiento de la novela y su muerte no lejana, el arte verdadero seguirá cantando la vida que nos estremece.—C. P. S.

HILVÁN, novela, por *Julio Verdié*.

Esbozo para una novela psicológica, no bien diseñada, es este libro del escritor uruguayo.

Jacobo Abriel, personaje central de la obra, no interesa mayormente en la vulgaridad de sus rarezas, ni es alma que pueda nutrir un cuento o una novela. O el tipo fué mal elegido por el autor, o el croquis no

da la medida exacta de ese espíritu un poco difuso y nada original.

Los cultivadores de la novela psicológica han tenido en América aciertos muy contados. Y este libro de Verdié no está entre ellos.

Falto de estilo, con el ambiente en fuga perpetua, a pesar de los esfuerzos que hace el autor para fijarlo, no deja esperar la novela grande que este *Hilván* (1) quiere prometer.

Adótico Cielo, libro de poemas publicado por Verdié en 1929, le señala un puesto entre los líricos de Montevideo. En cambio este *Hilván* novelesco no le acerca a Montiel Ballesteros ni a otros prosistas de envidia y de nervio que laboran en la tierra de Rodó.—C. P. S.

RI PISAS, por *José de la Cuadra*.

Un buen libro, algo sencillo y algo complicado. Y algo difícil, por lo mismo, de precisarle tendencias u orientaciones de escuela... Mejor. Su estilo ameno, flúido, se mueve libremente desde un límite a otro límite, desde el relato ligero hasta la bien lograda narración. Relatos y narraciones que abarcan, como una pequeña enciclopedia sociológica, todos, o casi todos, los aspectos de la vida criolla ecuatoriana. Y todo, con un esfuerzo mínimo, con una llaneza y honradez de exposición, tras la que quiere que- darse inadvertida la bizarra sensibilidad del autor. No hay en estos cuadros pretenciosos toques, «al

(1) Editorial Mural. Montevideo, 1931.

pastel», de maestro; ni efectistas conatos de aguafuertista. Son de un objetivismo mesurado, que dejan fluir naturalmente el agua fácil de la narración, sin afán de honduras ni estetismos trascendentales, con afán sólo de correr.....

Narraciones breves, (1) las llama modestamente el autor. Bien podría haberlas llamado Cuentos. (Aquí, cualquier escritor no habría vacilado en llamarlas así). Pero, en verdad, no son cuentos. Les falta precisamente, para serlo, lo que en ellas está de más. Esa intención tácita que va siguiendo subjetiva y paralelamente el curso de la acción. Un relato, o una narración, son meros hechos expuestos, son como cuerpos sin sombra; y el cuento, se diría, tiene la facultad de proyectar en nuestros planos emotivos las rayas espectrales de su esencia íntima. Leídas, estas narraciones, nuestro pensamiento queda clavado en ellas, objetivo, inalterado; no se sumerge ni remonta por las subrepticias corrientes de la emoción.

Armoniosamente desimétricas, en estructura y en contenido, como lo eran probablemente las del viejo armario de que nos habla el autor en la Glosa del Título, en cada una de estas cuatro Repisas, hay una, o más, prendas de la más noble calidad. Así, en la primera, «Aquella carta»; y «Si el pasado volviera»; en la tercera, «El hombre de quien se burló la Muerte»; y en la última, en «Las pequeñas tragedias»... todas. Es raro, y loable, que este au-

tor haya dejado para lo último, lo mejor: Generalmente se largan los voladores de luces al principio de la fiesta...

Un léxico rico, nutrido y nutritivo, vigoriza y acentúa las últimas narraciones, en que un naturalismo espontáneo solivianta un tanto la mesurada intención del libro; pero, ésta no es ni una objeción para menores; pues su naturalismo no tiene nada del anatómico de Zola, ni del morboso o pictórico de los maestros franceses o rusos: deriva más bien, racial y ancestralmente, de la trágica regocijada y lejana de Fernando de Rojas y del buen Arcipreste. Las otras narraciones nos parecen ya más convencionales, retocadas con encajes de fantasía. Y la fantasía, siempre, tiene algo de pueril... Pero, todas, entre todas, suman en nuestro espíritu una fuerte impresión de nacionalidad, reflejo de la personalidad y méritos indiscutibles del autor.

Cuanto a la forma, alguno que otro pecadillo gramatical—muy pocos, y muy veniales—habrá que confesar en este digno compatriota de don Juan Montalvo. Sólo dos vamos aquí a considerar, que, a lo mejor, bien considerados, no son tales: El uno es esa...tendencia del autor a encerrar las frases, incidentes, meras palabras a veces, entre guiones; por ejemplo: «Mi voz—que la emoción tornaba angustiosa—era...» «Creo que nunca—como en esa ocasión — leído tan bien...» (Pág. 15, Aquella carta). Y algunas líneas más adelante: «Habría querido, luego de estas

(1) Artes Gráficas «Sonefelder»; Guayaquil: Ecuador.

palabras—definitivas — garrapatear al pie...» «En este minuto —único— en que voy a franquear...» Y así. El otro es el uso y abuso del arcaísmo «diz»; agravado en una ocasión (pág. 79; La Cruz en el agua), con un pleonasma: «Diz que una vez esto acaeció, cuentan que animada de...» Y quizá deberíamos también atrevernos a hacerle observar al autor el uso incorrecto del adjetivo «inconsútil», que por ahí emplea modificando a la niebla. ¿Qué se entiende por una niebla sin costura...? Aunque, estas licencias están ahora tan de moda en la modernísima estética, que tiende hacia la nada, sin excluir la hoja de parra!... Pero, sinceramente, choca en un escritor como éste, que tiene bastante paño que coser..

Con el que esperamos ver confeccionados otros libros, tan buenos como éste.—*Gmo. Koenenkampf.*

UN ESCRITOR RUSO, *Vsevolod Ivanov.*

En los comienzos de la dictadura proletaria, en Rusia, se proscribieron implacablemente de las bibliotecas populares, no sólo los libros de los escritores de esencia aristocrática como Turguenev y Tolstoy sino también los de Dostoyewski. Esta actitud de los ideólogos de la revolución se oponía, justamente a la de los autócratas del Imperio que habían perseguido los libros de los escritores que de un modo u otro exaltaban el contenido rebelde del alma eslava. Como se ve, posiciones intelectuales diversas.

Cada una aspiraba a formar una conciencia determinada de acuerdo con sus especiales modos de sentir el problema de las ideas. Pero había una singular contradicción en el espíritu revolucionario de los bolcheviques; perseguían las obras impresas de Turguenev y, en cambio, en la biblioteca de Leningrado, nadie había osado tocar los manuscritos del autor de *Nido de Nobles* y allí estaban junto a los manuscritos de *Ana Karenine*, expuestos a la silenciosa y conmovida adoración de los devotos de esos grandes escritores. Más tarde se supo que Lenin no podía pasarse sin releer, a diario, algunas páginas de Tolstoy. Lo cierto es que el fanatismo agresivo de una y otra tendencia—la autocrática como la bolchevique—se había distanciado de la única cumbre en la que hubiera podido respirar un aire puro, incontaminado: el arte. Ha evolucionado la ideología de los revolucionarios, puesto que hoy los escritores de la Rusia soviética elogian a muchos de los escritores exilados y algunos de entre ellos, han dedicado ensayos y aun biografías noveladas al escritor del siglo XIX, Lermontof, autor de *Un héroe de nuestro tiempo* y uno de los románticos más finos de la literatura rusa. Las estadísticas de las bibliotecas señalan, además, el gran aumento de lectores que piden obras de Tolstoy. Turguenev, Dostoyewski, Puskin, etc. Es decir de los prosritos de hace poco, cuyas obras fueron colocadas en el index por los primeros revolucionarios.

Los escritores de la Rusia nueva